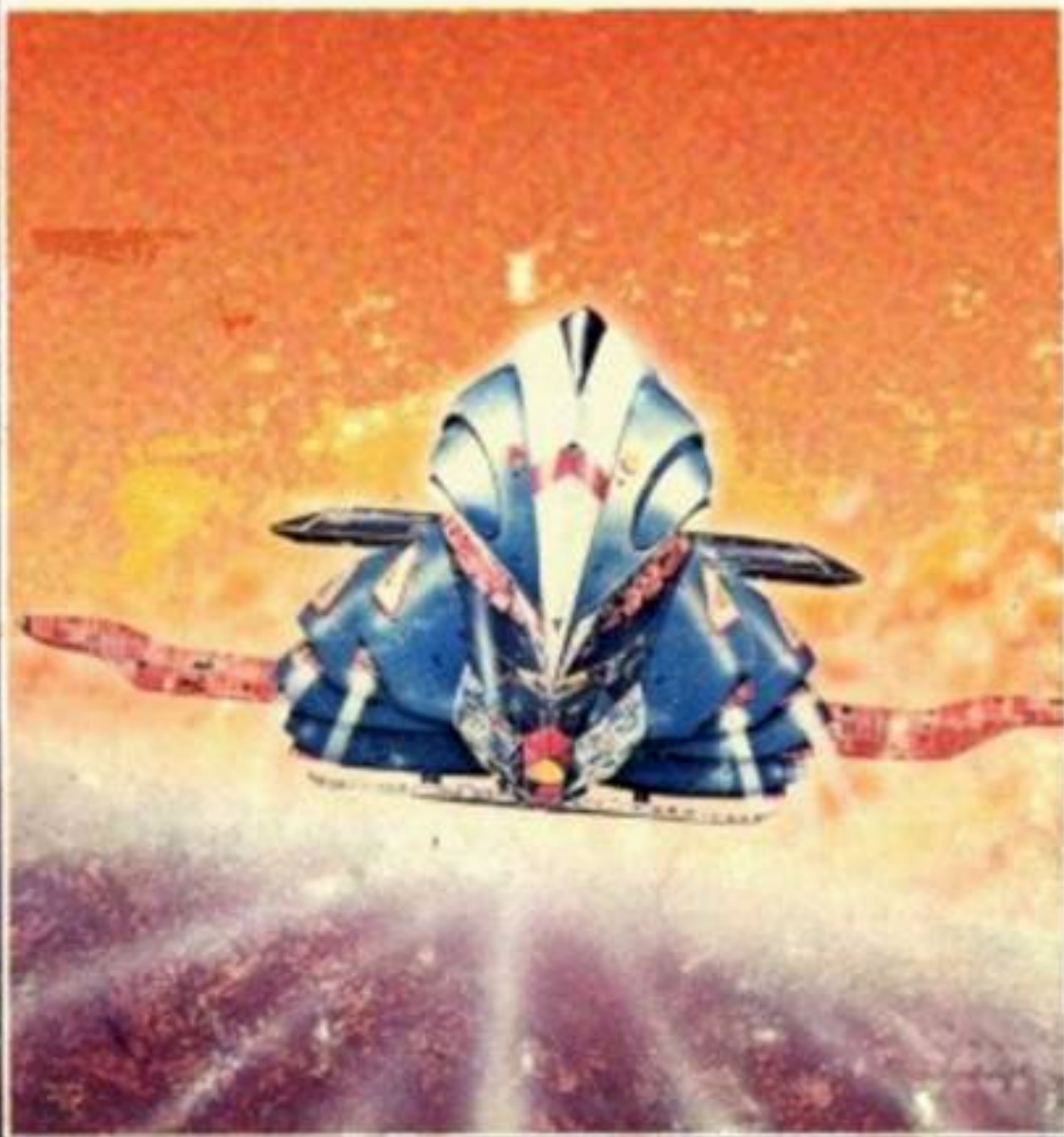


ERIC FRANK RUSSELL

AVISPA



A veces las guerras no se ganan con divisiones acorazadas, enjambres de bombarderos, o una gran flota marítima. A veces un solo hombre puede hacer más que todo un ejército para confundir, desmoralizar y vencer al más poderoso enemigo. A veces basta con crear una auténtica psicosis para llevar al contrario a la desesperación... y a la derrota. Éste es el trabajo de una avispa.

Al igual que el pequeño himenóptero que puede provocar el más mortal accidente automovilístico simplemente zumbando en torno al rostro de su conductor, un solo hombre, con los medios y los talentos adecuados, puede derrotar a todo un planeta. Este libro explica cómo.

Eric Frank Russell consiguió con Avispa su éxito literario más espectacular. Tomando cómo base el mundo germano-hitleriano de la segunda guerra mundial, Russell demostró a través de su obra que la labor de un hombre infiltrado entre el enemigo puede ser más devastadora que las más sofisticadas armas de guerra. Considerada durante muchos años como la biblia de la propaganda subversiva, hoy Avispa adquiere una tremenda lucidez, pues muchos de los métodos descritos por él están siendo utilizados actualmente en todo el mundo.

Capítulo I

Penetró con paso tranquilo en la habitación, se sentó en la silla indicada, y no dijo nada. Aquella expresión de hastío llevaba ya un cierto tiempo en su rostro, y empezaba a sentirse un poco cansado de exhibirla.

El tipo musculoso que lo había acompañado durante todo el camino desde Alaska se fue, cerrando silenciosamente la puerta y dejándole solo con el hombre que le contemplaba desde el otro lado del escritorio. Una pequeña placa sobre este escritorio le informó que el nombre de aquel personaje era William Wolf. No era apropiado; más que a un lobo, el hombre se parecía más bien a un alce macho.

Wolf habló con una voz dura y llana.

—Señor Mowry, tiene usted derecho a una explicación.

Hubo una pausa, seguida por:

—La obtendrá.

Luego Wolf se quedó mirando sin pestañear a su interlocutor.

Durante un interminable minuto, James Mowry sufrió el intenso escrutinio antes de preguntar:

—¿Cuándo?

—Pronto.

Tras lo cual Wolf siguió mirándole fijamente. Mowry encontró aquella mirada desagradablemente escrutadora, analítica, y el rostro que había en torno a ella parecía ser tan cálido y expresivo como un bloque de dura roca.

—¿Tiene la bondad de levantarse?

Mowry se levantó.

—Dése la vuelta.

Giró sobre sí mismo, con expresión de hastío.

—Vaya hasta el otro lado de la habitación y vuelva.

Lo hizo.

—Tsk-tsk —gruñó Wolf, de una forma que no indicaba ni placer ni sufrimiento—. Le aseguro, señor Mowry, que estoy hablando completamente en serio cuando le pido que tenga la bondad de andar con las piernas arqueadas.

Mowry renqueó como si estuviera cabalgando un invisible caballo. Luego regresó a su silla y dijo sarcásticamente:

—Será mejor que todo esto me reporte algún dinero. No acostumbro a recorrer cinco mil kilómetros y actuar como un payaso por nada.

—Esto no va a reportarle nada, ni un centavo —dijo Wolf—. Si tiene usted suerte, conservará la vida.

—¿Y si no tengo suerte?

—Entonces morirá.

—Es usted condenadamente franco —comentó Mowry.

—En este trabajo debo serlo. —Wolf se le quedó mirando de nuevo, larga y penetrantemente—. Lo hará. Sí, estoy seguro de que lo hará.

—¿Haré qué?

—Se lo diré dentro de un momento. —Abriendo un cajón de su escritorio, Wolf extrajo algunos papeles y se los tendió—. Esto le permitirá comprender mejor la situación. Léalos hasta el final... le darán una idea de lo que se trata.

Mowry los examinó. Eran copias mecanografiadas de informes de prensa. Echándose hacia atrás en su asiento, las estudió atenta y lentamente.

La primera hablaba de un bromista en Rumania. Aquel tipo no había hecho más que quedarse quieto en una calle mirando fascinado al cielo y gritando ocasionalmente: «¡Llamas azules!». Los curiosos se habían reunido a su alrededor y lo habían imitado. El grupo se había convertido en una multitud; la multitud se había convertido en un gentío. Muy

pronto la concurrencia había bloqueado la calle y se había desparramado por las calles laterales. La policía intentó dispersarla, no haciendo más que empeorar las cosas. Algún idiota llamó a los bomberos. Algunos histéricos en las zonas periféricas juraban que podían ver, o habían visto, algo extraño encima de las nubes. Reporteros y fotógrafos corrieron al lugar de los hechos; los rumores se extendieron rápidamente. El gobierno envió a las fuerzas aéreas para que echaran un vistazo más de cerca, y el pánico se extendió por un área de quinientos kilómetros cuadrados... de los cuales había desaparecido juiciosamente la causa original.

—Tan sólo divertido —hizo notar Mowry.

—Siga leyendo.

El segundo reportaje se refería a una atrevida huida de una cárcel. Dos conocidos delincuentes habían robado un coche; recorrieron casi mil kilómetros antes de que fueran capturados de nuevo, catorce horas después.

El tercer artículo detallaba un accidente automovilístico: tres muertos, un herido grave, el coche completamente destrozado. El único superviviente había muerto nueve horas más tarde.

Mowry devolvió los papeles.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Tomemos estos artículos por orden, tal como los ha leído —empezó Wolf—. Prueban algo de lo que somos conscientes desde hace mucho tiempo, pero en lo que quizás usted nunca haya caído. Tomemos el primero. Ese rumo no hizo nada, positivamente nada, excepto mirar al cielo y murmurar. Sin embargo obligó a todo un gobierno a saltar como pulgas en una sartén caliente. Esto demuestra que, en unas condiciones dadas, la acción y la reacción pueden hallarse ridículamente desproporcionadas. Efectuando cosas insignificantes en circunstancias adecuadas, uno puede obtener resultados monstruosamente excesivos con respecto al esfuerzo.

—Estoy de acuerdo —admitió Mowry.

—Ahora examinemos a los dos convictos. Ellos tampoco hicieron gran cosa. Saltaron una tapia, robaron un coche, condujeron como locos hasta que se les acabó la gasolina, luego se dejaron capturar. —Wolf se inclinó hacia adelante y siguió con un mayor énfasis—: Pero durante la mayor parte de esas catorce horas, monopolizaron la atención de seis aviones, diez helicópteros, y ciento veinte coches patrulla. Bloquearon dieciocho centralitas telefónicas, incontables líneas y enlaces de radio, sin mencionar los policías, diputados, voluntarios, cazadores de recompensas, detectives, guardias forestales y hombres de la Guardia Nacional. En total fueron veintisiete mil personas, repartidas por tres estados.

—¡Vaya! —Mowry enarcó las cejas.

—Finalmente, examinemos este accidente de coche. El superviviente fue capaz de decirnos la causa antes de morir. Dijo que el conductor había perdido el control, cuando iban a gran velocidad, intentando echar a una avispa que se había metido volando a través de una ventanilla y estaba zumbando en torno a su rostro.

—Hubo una ocasión en que esto mismo estuvo a punto de pasarme a mí.

Ignorando aquella observación, Wolf dijo:

—El peso de una avispa es de algo más de diez gramos.

Comparada con un ser humano, el tamaño de una avispa es diminuto, su fuerza insignificante. Su única arma es una minúscula jeringuilla conteniendo una gota de irritante ácido fórmico. En ese caso, la avispa ni siquiera la había usado. Sin embargo, aquella avispa mató a cuatro hombres robustos y convirtió un coche grande y poderoso en un montón de chatarra.

—Entiendo lo que quiere decir, pero ¿dónde encajo yo en todo esto?

—Exactamente aquí —dijo Wolf—. Queremos que se convierta usted en una avispa.

Echándose hacia atrás, James Mowry observó meditativamente al otro hombre.

—El tipo musculoso que me ha traído hasta aquí era un agente del Servicio Secreto que me ha convencido de que sus credenciales eran genuinas. Éste es un departamento gubernamental. Usted es un oficial de alto rango. Si no fuera por todas estas circunstancias, diría que está usted loco.

—Quizá lo esté —respondió Wolf, impassible—. Pero yo no lo creo así.

—¿Usted desea que yo haga algo?

—Sí.

—¿Algo extra especial?

—Sí.

—¿Con riesgo de muerte?

—Me temo que sí.

—¿Y sin ninguna recompensa?

—Correcto.

Mowry se puso en pie.

—Yo tampoco estoy loco.

—Lo estará —dijo Wolf, con la misma voz inexpresiva— si deja usted que los sirianos nos eliminen.

Mowry se sentó de nuevo.

—¿Qué quiere usted decir?

—En estos momentos estamos en guerra.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe —Mowry hizo un gesto despectivo—. Estamos luchando contra la Mancomunidad Siriana desde hace diez meses. Los periódicos, radio, video, hasta el gobierno lo dice. Soy lo suficientemente crédulo como para creerlos a todos ellos.

—Entonces quizá esté dispuesto a ampliar un poco más su credulidad y engullir un poco más de información —sugirió Wolf.

—¿Cómo qué?

—El público terrestre está complacido porque, hasta ahora, no ha ocurrido nada en este sector. Sabe que el enemigo ha lanzado dos ataques fuertes contra nuestro siste-

ma solar y que ambos han sido rechazados. El público tiene una gran confianza en las defensas terrestres. Esta confianza es justificada. Ninguna fuerza operativa siriana penetrará hasta tan lejos.

—Bien, entonces... ¿de qué debemos preocuparnos?

—Las guerras deben ser ganadas o perdidas. No hay otra alternativa. No podemos ganar simplemente manteniendo al enemigo fuera de alcance. Nunca podremos obtener la victoria posponiendo la derrota. —De pronto Wolf dio un enfático y violento puñetazo contra su escritorio y lanzó una estilográfica medio metro por los aires—. Tenemos que hacer algo más que eso. Debemos tomar la iniciativa y tumbar de espaldas al enemigo mientras lo aporreamos sin compasión.

—Pero eso es algo que llegaremos a conseguir a su debido tiempo, ¿no?

—Quizá —dijo Wolf—, y quizá no. Todo depende.

—¿Depende de qué?

—De que utilicemos plena e inteligentemente nuestros recursos, principalmente la gente... y al decir gente me refiero a personas como usted.

—Podría ser un poco más explícito —sugirió Mowry.

—Mire... en asuntos técnicos estamos por delante de la Mancomunidad Siriana, un poco por delante en algunos aspectos y muy por delante en otros. Esto nos da la ventaja de mejores armas, y un equipo más eficiente. Pero lo que no sabe el público, debido a que nadie se ha preocupado de decírselo, es que también los sirianos poseen una ventaja. Nos superan en número en la proporción de doce a uno, y nos aventajan en material bélico también en la misma proporción.

—¿Esto es un hecho?

—Lo es desgraciadamente, aunque nuestros propagandistas se preocupen mucho de no mencionarlo. Nuestro potencial bélico es superior cualitativamente. Los sirianos poseen una superioridad cuantitativa. Esto representa un

grave inconveniente para nosotros. Hemos de compensarlo de la mejor manera que sepamos. No podemos jugar a ganar tiempo mientras efectuamos el esfuerzo de darles alcance y superar su población.

—Entiendo. —James Mowry se mordisqueó el labio inferior y pareció pensativo.

—De todos modos —continuó Wolf—, el problema parece menos formidable cuando uno piensa que un hombre puede sacudir a todo un gobierno, dos hombres pueden movilizar temporalmente un ejército de veintisiete mil personas, o una pequeña avispa puede matar a cuatro gigantes, comparativamente hablando, y destruir al mismo tiempo su monstruoso vehículo. —Hizo una pausa, estudiando el efecto que aquellas palabras hacían sobre Mowry, y luego continuó—: Esto significa que, garabateando las palabras adecuadas en una pared, el hombre adecuado, en el lugar adecuado y el tiempo adecuado, puede inmovilizar una división armada.

—Es una forma un tanto inortodoxa de hacer la guerra.

—Mucho mejor. Tiene usted exactamente el tamaño y la corpulencia ideales para un siriano. Actualmente tiene usted veintiséis años y sigue hablando un perfecto siriano, con un decidido acento mashambi, lo cual, en realidad, es una ventaja. Le da plausibilidad. Aproximadamente cincuenta millones de sirianos hablan con acento mashambi. Usted es ideal para el trabajo que tenemos en mente.

—¿Qué tal si le invito a tirar ese trabajo por el conducto de aireación? —preguntó Mowry con gran interés.

—Lo lamentaría —dijo Wolf fríamente—, porque en tiempo de guerra hay un viejo y bien fundado proverbio que dice que un voluntario es mejor que mil forzados.

—¿Lo cual quiere decir que puedo ser reclutado? —Mowry hizo un gesto de irritación—. ¡Maldita sea! Prefiero ir a cualquier sitio por voluntad propia que ser arrastrado a la fuerza.

—Esto es lo que dice también su expediente. James Mowry, veintiséis años, inquieto y testarudo. Puede confiarse que hará cualquier cosa... siempre que la alternativa sea peor.

—Suena usted como mi padre. ¿Todo eso se lo dijo él?

—El Servicio no revela sus fuentes de información.

—¡Hum! —Mowry meditó unos instantes, luego preguntó—: Supongamos que me ofrezco voluntario. ¿Qué es lo que sigue?

—Será enviado usted a un centro de adiestramiento. Hay un curso especial que es rápido y difícil, y que dura de seis a ocho semanas. Le meterán en la cabeza todo lo que probablemente pueda servirle: armas, explosivos, sabotaje, propaganda, guerra psicológica, lectura de mapas, orientación por brújula, camuflaje, judo, técnicas de radio, y quizá una docena de otros temas. Cuando hayamos terminado con usted, estará enteramente cualificado para trabajar como una completa y absoluta tortícolis.

—¿Y después de eso?

—Será dejado subrepticamente sobre un planeta siriano, y desde allí deberá arreglárselas por sí mismo para hacerse lo más irritante posible.

Hubo un largo silencio, al final del cual Mowry admitió a regañadientes:

—Una vez en que mi padre estaba particularmente irritado, me dijo: «Hijo, has nacido idiota y morirás idiota» —dejó escapar un largo y profundo suspiro—. El viejo tenía razón. Me presento voluntario.

—Sabía que lo haría —dijo Wolf imperturbable.

Vio de nuevo a Wolf dos días después de que hubiera terminado el arduo curso y superado satisfactoriamente las pruebas. Wolf llegó a la escuela y visitó a James Mowry en su habitación.

—¿Cómo le fue?

—Puro sadismo —dijo Mowry, haciendo una mueca—. Me han apaleado físicamente y moralmente. Me siento co-

mo un lisiado atontado aún.

—Va tener tiempo suficiente de recuperarse. El viaje será bastante largo. Se irá el jueves.

—¿Para dónde?

—Lo siento... no puedo decírselo. Su piloto llevará órdenes selladas, que serán abiertas tan sólo en el último salto. En caso de accidente o intercepción, destruirla.

—¿Cuáles son las posibilidades de ser capturados en el camino?

—No muy grandes. Su nave será considerablemente más rápida que cualquiera de las que posee el enemigo. Pero incluso la mejor de las naves puede verse en problemas alguna vez, de modo que no queremos correr riesgos. Ya conoce usted la reputación de la Policía de Seguridad Siriana, la Kaitempi. Pueden conseguir que un bloque de granito confiese sus crímenes. Si le atrapan a usted en ruta y llegaran a saber su destino, tomarían contramedidas para detener a su sucesor a su llegada.

—¿Mi sucesor? Esto plantea una pregunta que nadie aquí parece querer responder. Quizás usted pueda hacerlo, ¿sí?

—¿De qué se trata? —preguntó Wolf.

—¿Estaré totalmente aislado, o habrá otros terrestres operando en el mismo planeta? Si habrá otros, ¿cómo entrar en contacto con ellos?

—En lo que a usted concierne, será el único terrestre en ciento cincuenta millones de kilómetros a la redonda —respondió Wolf—. No tendrá contactos, así no será capaz de traicionar a nadie a la Kaitempi. Nadie podrá arrancarle información que no posee.

—La cosa sonaría mejor si no babeara usted tanto sobre esta horrible perspectiva —recriminó Mowry—. De todos modos, sería para mí más confortable y alentador saber que hay otras avispas igualmente activas, incluso aunque tan sólo hubiera una por planeta.

—Usted no ha seguido sólo este curso, ¿verdad? Los otros no estaban ahí únicamente para proporcionarle compañía. —Wolf tendió una mano—. Buena caza, haga todo el daño posible... y vuelva.

—Volveré —suspiró Mowry—, aunque el camino va a ser estrecho y la ruta larga.

Esto, pensó mientras Wolf se iba, era más una piadosa esperanza que una promesa realizable. Realmente, la observación acerca de «su sucesor» indicaba que se habían previsto pérdidas y que se habían tomado las medidas necesarias para procurar reemplazos.

Se le ocurrió entonces a Mowry que quizá su propio status fuera el de sucesor de algún otro. Quizás en el mundo al cual se dirigiría alguna avispa desafortunada había sido ya atrapada y despedazada muy lentamente. Si era así, la Kaitempi estaría escrutando los cielos con mucha atención, relamiéndose anticipadamente por su nueva víctima... un tal James Mowry, veintiséis años, inquieto y testarudo.

Oh, bien, se había comprometido a hacerlo y no podía echarse atrás. Parecía como si estuviera destinado a convertirse en un héroe por falta de valor para ser cobarde. Desarrolló lentamente una resignación filosófica, que aún le dominaba varias semanas más tarde, cuando el capitán de la corbeta lo llamó a la cabina principal.

—¿Ha dormido bien?

—No esta última vez —admitió Mowry—. Los propulsores hacían más ruido de lo habitual; toda la nave se estremecía y crujía.

El capitán sonrió forzosamente.

—Usted no lo sabía, pero estábamos siendo perseguidos por cuatro destructores sirianos. Alcanzamos nuestra velocidad máxima y los dejamos atrás.

—¿Está seguro de que no siguen nuestro rastro?

—Están fuera de alcance de nuestros detectores; por lo tanto estamos más allá del alcance de los suyos.

—Gracias al cielo por ello —dijo Mowry.

—He abierto las órdenes. Se supone que llegaremos a nuestro destino en cuarenta y ocho horas terrestres.

—¿A dónde?

—A un planeta llamado Jaimec. ¿Ha oído hablar alguna vez de él?

—Sí, las cadenas de noticias sirianas acostumbraban a mencionarlo de tanto en tanto. Es uno de sus mundos de avanzada, si recuerdo bien... subpoblado y semidesarrollado. Nunca he conocido a nadie de allí, de modo que no sé mucho acerca de él. —Exhibió un ligero disgusto—. Este secreto está muy bien, pero ayudaría algo el que uno supiera un poco adónde va, y tener un poco de información útil acerca del lugar antes de llegar allí.

—Cuando llegue al suelo sabrá todos los datos que poseemos de él —lo tranquilizó el capitán—. Junto con las órdenes iba todo un dossier de información. —Puso un montón de papeles sobre la mesa, junto con varios mapas y un cierto número de ampliaciones fotográficas. Luego señaló hacia la cabina que había junto a la pared—. Eso es el visor estereoscópico. Utilícelo para buscar entre estas fotos un lugar adecuado para aterrizar. La elección es totalmente suya. Mi trabajo es bajarlo allá donde usted elija y marcharme sin ser detectado.

—¿De cuánto tiempo dispongo?

—Debe darme el lugar elegido antes de cuarenta horas.

—¿Y cuánto tiempo tendrá usted para desembarcarme a mí y a mi equipo?

—Veinte minutos como máximo. Definitivamente no más. Lo siento, pero no hay otra forma. Si nos posamos en el suelo y nos tomamos nuestro tiempo, dejaremos inconfundibles señales de nuestro aterrizaje... un enorme sendero trillado que pronto será detectado por las patrullas aéreas y las lanzará tras usted aullando. Así que deberemos

usar los antigrafs y actuar aprisa. Los antigrafs absorben una enorme cantidad de energía. Veinte minutos es lo máximo que podemos concedernos.

—De acuerdo —Mowry se alzó resignadamente de hombros, tomó los papeles, y empezó a leerlos mientras el capitán se marchaba.

Jaimec, planeta noventa y cuatro del Imperio Siriano. Masa, seis octavos de la Tierra. Zonas emergidas, aproximadamente la mitad de las de la Tierra, el resto eran océanos. Empezado a colonizar hacía dos siglos y medio. La población actual se estimaba en aproximadamente ochenta millones. Jaimec poseía ciudades, ferrocarriles, espaciopuertos, y todos los demás rasgos de una civilización alienígena. Sin embargo, la mayor parte de él permanecía sin explotar, sin explorar, y en condiciones primitivas.

James Mowry se dedicó al estudio meticuloso de la superficie del planeta tal como era mostrado por el visor estereoscópico. A las cuarenta horas había hecho ya su elección. No había sido fácil llegar a una decisión; cada lugar de aterrizaje que parecía adecuado tenía algún tipo de desventaja, probando que el escondite ideal no existe. Uno podía hallarse magníficamente situado desde un punto de vista estratégico, pero le faltaba la cobertura adecuada. Otro podía disponer de un camuflaje natural de primera clase, pero se hallaba en una situación peligrosa.

El capitán entró y dijo:

—Espero que haya elegido usted un punto situado en la cara nocturna. Si no es así, tendremos que jugar al escondite hasta la oscuridad y eso no es bueno. La mejor técnica es ir y volver antes de que tengan tiempo de alarmarse y organizar un contragolpe.

—Éste es el sitio —Mowry señaló el lugar en una foto—. Está bastante más alejado de una carretera de lo que hubiera deseado, unos treinta kilómetros, y en pleno bosque

virgen. Cuando necesite algo de mi escondrijo necesitaré un día de dura marcha para obtenerlo, quizá dos días. Pero por el mismo motivo debe permanecer a salvo de ojos indiscretos, y ésta es la primera consideración.

Deslizando la foto en el visor, el capitán conectó la luz interior y miró por el visor de caucho. Frunció el ceño por la concentración.

—¿Quiere decir ese punto señalado en el risco?

—No... está en la base del risco. ¿Ve esa prominencia rocosa? ¿Qué es lo que hay un poco más al norte?

El capitán miró de nuevo.

—Es difícil decirlo con certeza, pero juraría que es una formación de cuevas. —Se apartó del visor y tomó el micrófono del intercom—. Hame, ¿puede venir aquí?

Hamerton, el navegante jefe, llegó, estudió la foto, y localizó el punto señalado. Lo comparó con un planisferio de Jaimec y realizó unos rápidos cálculos.

—Lo atraparemos en la cara nocturna, pero sólo por un pelo.

—¿Está seguro de ello? —preguntó el capitán.

—Si vamos directamente hacia allí, dispondremos al menos de un par de horas. Pero no podemos atrevemos a ir directamente... su red de radar podría calcular el punto de caída con menos de un kilómetro de aproximación. Así que deberemos hacer unos cuantos regateos por debajo del horizonte de su radar. Las acciones evasivas toman tiempo, pero con suerte podremos terminar nuestros regateos media hora antes de la salida del sol.

—Vamos directamente —sugirió Mowry—. Eso reducirá sus riesgos, y yo asumo el peligro de ser localizado. Al fin y al cabo es mi piel, ¿no?

—Infiernos —gruñó el capitán—. Estamos tan cerca que sus detectores ya nos han localizado. Estamos recibiendo sus llamadas de identificación y no podemos responder, puesto que ignoramos su código. Muy pronto empezará a pasar por sus cabezas que somos hostiles. Van a arrojarnos